

UN ESTILO DE VIDA

¿Nunca has tenido esa sensación de querer darlo todo por un sueño que solo tú sabes y no poder? De hacer lo posible por ello, de dejar de lado cualquier cosa solo por cumplirlo... Todo el mundo piensa que haciendo esto conseguirá todo lo que se proponga, que los sueños se hacen realidad si lo das todo por ello, todo el mundo ve a esas personas en la televisión a las que les ha ido bien y han conseguido su objetivo. Lo que la gente no ve, es toda esa persona que lucha y lucha por alcanzar lo que otros han alcanzado y ellos no lo consiguen, solo ven a aquellos que triunfan sin valorar el esfuerzo de los demás.

Una ya se acostumbra a que le pregunten cuando va a algún campeonato: "¿Has ganado?" y yo, en ese momento pienso "¿Qué si he ganado?" Si el hecho de poder participar es un privilegio al que no todos pueden acceder, ¿De verdad me preguntas si he ganado? Ganar no es ganar en un primer puesto, es poder darlo todo y quedarse sin fuerzas, saber que no puedes más cuando has terminado o no?" pero claro, yo me limito a contestar con un no, he conseguido esto pero no he podido obtener una medalla.

Recuerdo cuando era pequeña, todos los días de lunes a viernes a las nueve de la noche, iba con mi padre a buscar a mi hermano al polideportivo en el que entrenaba, yo le decía a mi padre que quería parecerme a él, poder entrenar y después ir a competir, quería compartir esa pasión con mi hermano.

Años después, me encuentro aquí, recordando todo aquello, cuando no imaginaba que iba a llegar tan lejos como he conseguido llegar, cuando tan solo era un sueño de una niña pequeña que lo único que quería era estar más unida a su hermano mayor.

Ahora, me paro a pensar y me pregunto qué habría sido de mí si no hubiese insistido durante tantos meses e incluso años, qué habría pasado si no lo hubiese dado todo por aquello. Por suerte o por desgracia con tanta insistencia conseguí que mis padres me apuntaran a natación.

Comencé por lo más básico, porque no tenía ni idea de nadar, ya que tenía solo ocho años y nunca había practicado aquel deporte excepto en la playa en verano. No se me daba mal, solía ir tres días en semana, además me gustaba ir con mis amigas, recuerdo la primera vez que vi a una compañera que sin haber hablado antes lo primero que hicimos, al vernos, fue correr la una hacia la otra, darnos un abrazo y sonreír mientras ella me decía lo

pequeña que era. Tuve mucha suerte con ella porque en aquellos momentos en los que no podía más me animaba para que siguiese, porque fuimos creciendo y a medida que nos hacíamos mayores eran más exigentes con nosotros, ya no jugábamos, nos dedicábamos a entrenar todos los estilos para prepararnos para las competiciones. Me acuerdo de mi primera competición, aún veo los vídeos y me río, tan pequeña y la fuerza con la que nadaba, increíble. El tiempo pasaba y cada una nos especializamos en el estilo que mejor se nos daba, yo era la pequeña de todas pero también una de las más rápidas. Hubo muchas amigas que se quitaron muy temprano porque no les gustaba o no se les daba bien. Yo seguía con aquel deporte que me apasionaba y con mis amigas. Llegó el primer año en el que tenía que competir para acceder a un campeonato. Me creía muy grande, me sentía como los mayores que tenían que esforzarse mucho más para demostrar lo que valían para poder ir a campeonatos a nivel de Andalucía. Y lo conseguí, tras muchos esfuerzos y muchas desilusiones conseguí conseguir mi mínima. Ese mismo año mi madre me comunicó que iba a cambiar de club, pero mi alegría fue mayor al saber que iba a formar parte del mejor club de Andalucía, estaba compuesto por muchos niños. No me fui sola, gran parte de mis compañeros se cambiaron conmigo.

Antes de entrar ya comencé a hablar con personas de ese club, para mi sorpresa, nos acogieron a todos de muy buena forma, sobre todo una chica, Rocío se llama, esa persona que después de tres años sigue a mi lado y se ha convertido en mi mejor amiga. Es increíble lo que un deporte puede hacer y unir a unas personas,,,

Jamás olvidaré aquel año, fue el mejor de todos, conocí a muchísimas personas, se acercaban a mí personas de otras ciudades por el hecho de pertenecer a aquel equipo tan importante. Pero, sobre todo, fue mi año en el que conseguí lo mejor de toda mi pequeña carrera por llamarlo así.

Contaba con muchísimo apoyo, especialmente el de mi padre, que ha sido la persona que siempre ha estado apoyándome para seguir adelante. Con él sentía una cierta conexión, sobre todo cuando salía de una prueba y estaba allí, sonriéndome como nadie. Con la mirada me transmitía todo su alegría, lo orgulloso que estaba de mí...

Estaba también mi madre, que siempre era la que estaba a mi lado cuando no me salía todo lo bien que yo esperaba, a la que miraba para que me dijese si había conseguido bajar mi marca y conseguir mi objetivo principal. Siempre tenía su hombro para llorar cuando no estaba contenta por cómo me habían salido las cosas y conseguía de una manera u otra que

sonriese.

Y, sobre todo, estaba ella, mi mejor amiga, la que en los entrenamientos me animaba como nadie diciéndome que podía con todo, que era fuerte y que podía lograr lo que me propusiese

De todas las competiciones y campeonatos, recuerdo tres como los mejores momentos de mi vida: el último campeonato de Andalucía al que asistí, en el que me lo pasé como una niña chica y en el que también lloré como nunca por no poder darlo todo, el primero al que asistí con mi nuevo club, cuando conseguí entrar en una final, era increíble, mi sueño se estaba haciendo realidad y yo no me lo podía creer, era la chica más feliz del mundo, todo me iba genial.

Llegó la última oportunidad para conseguir una mínima para España, decidí quedarme sin una excursión con mis amigos del colegio por tal de competir y perseguir mi sueño. Un 23 de mayo, por la mañana, estuve a punto de cumplir mi sueño, aquello por lo que tanto estuve luchando y deseaba conseguir.

"Tranquila dalo todo, pero no te agobies que tu objetivo está en la próxima prueba" me repetía una y mil veces a mi misma, no estaba nerviosa ya que pensaba que en esa prueba no tenía posibilidades; en la

cámara de llamada me preparé, hablé con algunos amigos y al fin me llamaron, ahí estaba yo, frente a mi mayor enemigo y a la vez mi mayor debilidad. Me sentía fuerte, grande. Mis amigos, compañeros, entrenadores y mi familia estaban allí apoyándome, sentía que podía con todo aquello.

Llegó la hora, sonó el pitido, me subí al pódium y tras otro pitido salté al agua. En ese instante sentía que volaba, me acercaba al otro lado de la piscina y veía a todos mis compañeros gritándome para que diera lo máximo de mí, y como no, allí estaba ella, mi mejor amiga, gritando como nadie porque ella sabía que yo si podía. Casi tres minutos después, había terminado aquella prueba y me sentía más contenta de lo normal. Como en cada ocasión, miré a las gradas y busqué con la mirada a mi madre, ella estaba con una de sus mejores sonrisas tras comprobar el tiempo que había hecho. En ese momento, con tan solo la sonrisa de la mujer que me dio la vida, supe, que era la vez que mejor había nadado, vi que se sentía realmente orgullosa de mí.

No me lo podía creer, mi entrenador me esperaba con los brazos abiertos. Al tiempo de escuchar mi marca se me iluminó la cara, no me lo podía imaginar.

Corriendo avisé a mi madre para que bajara, quería darle un abrazo a ella, a mi hermano y a mi padre, En el camino, no pude evitar empezar a llorar de la emoción. Aquello con lo que tanto había soñado se estaba haciendo realidad, tanto esfuerzo estaba empezando a merecer la pena.

Pero, lo malo que tiene el deporte es que no tiene nada exacto y solo cuenta lo que los árbitros cogen, por lo que, días después salieron los tiempos oficiales, mi sorpresa fue grande, no había conseguido la marca mínima por solo dos décimas. No me rendí. Continué luchando.

Y en ese momento, es en el que te das cuenta de lo caprichoso que es el destino, que en cuanto parece que comienza a sonreírte la vida, de repente llega una gran tormenta. Ahí te das cuenta de lo importante que puede llegar a ser una milésima de segundo en tu vida. Por suerte o por desgracia no todas las personas se dan cuenta de lo valioso que es el tiempo y lo que muchas personas darían por aprovecharlo al máximo.

IRENE MARTÍN PAVÓN, 15 AÑOS

Colegio Montessori

Huelva

**EL
SUEÑO
DE JADILLA**

Autora: M^a Mercedes

González Oños. 2ºA